

LAS DOS MANIFESTACIONES,

DISCURSO DE SU SANTIDAD AL PATRICIADO ROMANO.

PARALELO Y DETALLES INÉDITOS.

La lucha perpetua que, contra la secta anticristiana sostiene la santa Iglesia de Cristo, lleva, hasta en sus menores episodios, la marca de dos amores, que, en expresion de san Agustin, han edificado dos ciudades: el amor de si mismo, hasta el menosprecio de Dios, ha edificado la ciudad de la tierra; y el amor de Dios, hasta el menosprecio de si mismo, la del cielo. Escenas sublimes de afecto y entusiasmo, de una parte; y de otra, escenas horribles por el odio y por las amenazas sangrientas, acaban de poner de manifiesto los habitantes de ambas ciudades. La victoria ha favorecido una vez más a los que, aún bajo el peso de la más dura dominacion, saben marchar con la cabeza erguida, pensando, que el Señor es toda su gloria, segun estas palabras del Salmista, que recuerda san Agustin en el pasaje ya citado: «*Tu autem, Domine, susceptor meus es, gloria mea, et exaltans caput meum!*»

Si; el amor, hasta el menosprecio de si mismo, es el que se mostró en la imponente manifestacion del 21 de Junio. En frente del Vaticano, transformado en cárcel, en la que el Papa no podrá; en adelante, ni siquiera asomarse a la ventana, al pie del obelisco que sostiene la Cruz, y en el que está grabada la historia del inmortal triunfo de Cristo: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*—diez mil romanos han aclamado a Pio IX Pontífice y Rey, en el día aniversario de su coronacion. Ni el furor de los carceleros, ni la represion violenta

de que se veían los romanos amenazados, bastaron para contener su irresistible entusiasmo. Solo en vista del inminente peligro de que se derramara sangre, y cuando los polizontes habian ya desenvainado los sables, ó amartillado el revólver (circunstancia hasta aquí inédita, y sin embargo, positiva), determinaron los católicos retirarse, sin cesar por esto de aclamar al Papa-Rey, hasta la extremidad de la plaza de San Pedro. Por espacio de media hora, millares de voces han repetido las aclamaciones más entusiastas, mientras que innumerables pañuelos eran agitados en direccion al Vaticano, en que Pio IX habia aparecido, por un instante, para contemplar, al salir de la Basílica, la muchedumbre de fieles, en cuyos corazones reina todavia como soberano. Todos los carruajes estaban parados, y las señoras, puestas de pie dentro de ellos, eran las que hacían mayores demostraciones de entusiasmo. Cuando la multitud comenzó a retirarse, vi pasar en coche á una señora de la aristocracia romana, que á pesar de su edad avanzada, se levantó, gritando con voz vibrante: *¡Viva Pio IX, nuestro Soberano!* Mientras pudieron seguir la mis ojos, no cesó de agitar su pañuelo.

Muchos soldados de linea Italianos, mezclados con la multitud, han aclamado también al Papa, como buenos católicos. No es verdad, como lo han dicho los periódicos quirinalistas, que hubiera gritos ni silbidos contra los católicos; hubo, si, algunos sil-

vidos, cuando la masa del pueblo vió con indignacion, que los gendarmes no se ruborizaban de poner las manos sobre siete señoras extranjeras, entre ellas dos protestantes, y conducir las á la *Questura*. Hubo también un romano de Transtevere, que cuando resonó la trompeta, intimando á la multitud que se retirase, subió sobre uno de los pilares que circundan el obelisco, y desde allí, imitando con voz nasal la extraccion de los números de la loteria, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: *primo estratto, número 46*, sarcasmo cruel del plebiscito de 1870, en el cual, como es sabido, se hizo el padron de los 46 clericales de Roma.

Indudablemente discurrían confundidos con la multitud algunos *buzurri*, agentes de los periódicos, ó de otra cosa, que, segun con visible despecho la manifestacion tan espontánea, como imponente, que presenciaban; lejos, empero, de pensar siquiera en hacer la menor oposicion, por el contrario, desde que se oyeron las primeras aclamaciones, vieron en sus rostros inequivocas señales de espanto: los rostros de esos tragahombres, pálidos como las estatuas de mármol que adornan la fachada de la Basílica, revelaban el pavor que les dominaba. Contados fueron los que de entre ellos, después de concluido todo, se atrevieron á manifestar en voz alta su descontento. Cierto jóven, amigo nuestro, vió, sin embargo, arrimado de espaldas al obelisco, un *buzurri* de rostro envidado, y empujando un palo nudoso, que gruñía horriblemente, cuando la muchedumbre se precipitó en tropel hácia el centro de la plaza, para implorar la bendicion del Santo Padre; empero, el furor de aquel infortunado era el del tigre ante un obstáculo, que le impidiera apoderarse de su presa.

Hasta ayer por la tarde, no consiguiéron nuestros revolucionarios organizar una contra-manifestacion. Si se considera, bajo el aspecto de la espontaneidad y del entusiasmo, esa explosion de odio y de ultrajes, no ha sido más que una raquítica y miserable imitacion de la escena sublime, á que dió lugar la presencia momentánea del Santo Padre en una de las ventanas del Vaticano.

No puede negarse, que todo estaba premeditado con frialdad en la manifestacion nocturna del 21. Los aplausos, seguidos de silbidos, con que fue recibida la *marcha*

real en la plaza Colonna; el grito de: *¡ad Vaticano!* grito que era como palabra de orden; las antorchas, que se encontraron preparadas para iluminar la turba; todo revelaba la premeditacion y el objeto odioso de esa escena horrible y cómica á la vez. Tan cierto es esto, que el gobierno ha interceptado un despacho dirigido á un periódico de Paris, solo porque referia los pormenores, acerca del modo con que se habia organizado la manifestacion nocturna del 21.

Y si no, ¿por que los revolucionarios prefirieron por teatro de sus hazañas el Vaticano al Quirinal? Esta preferencia, que prueba suficientemente, que todo estaba calculado, ¿No es delante de la habitacion de su rey, presente ó ausente, donde debieran haber atestigado su afecto á la causa de la Italia una? ¡Ah! ellos tenían, y con razon, que á las alturas del Quirinal solo les seguiria un corto número de curiosos; y luego, en el Quirinal, no les convenia gritar: *¡Viva la República!* *¡Viva Garibaldi!* como lo hicieron muchísimos anteayer en las inmediaciones del puente de San Angelo. Tal vez se les hubiera recibido á tiros de revólver, como lo habian sido en la cascabellada del 11 de Mayo de 1873... y, ante todo, guardar el pellejo!

Una sola cosa admira, de pronto, y es, que lo más escogido de los podencos de la *Questura*, nada olfatearon de la contra-manifestacion, que se estuvo evidentemente maquinando desde el lunes. No obstante, nosotros, sin temor de pecar de maliciosos, opinamos, que nada ignoraban de cuanto se tramaba; pero se lisonjaban con que les seria fácil detener, cuando lo tuviesen por conveniente, las hazañas de la canalla; y en efecto, las primeras aclamaciones se dirigieron al rey y á la Italia una; mas, en breve, los que estaban al frente de la manifestacion, fueron suplantados por los demagogos; y al grito infernal de: *¡Muerá el Papa!* se siguió el de: *¡Viva el petróleo!* Aun más; al día siguiente á la manifestacion, se deramaron por la Ciudad multitud de hojas impresas, en las cuales se leían en grandes letras rojas estas palabras: *Viva la República universal! Abajo todos los reyes!*

Ahora bien; si es verdad, como se asegura, que el ministro del interior, M. Cantelli, se muestra inconsolable, por las medidas represivas empleadas el domingo último, contra los católicos, porque ellos demues-

tran de una manera luminosa, que es la realidad verdadera y muy real el cautiverio del Papa—¿cuál no ha de ser hoy la desolación de S. E., viendo á la *Questura* llevar, hasta el último límite, la torpeza, de no haber acertado á prevenir, ó á reprimir oportunamente, una nueva manifestación, que confirma la realidad del cautiverio del Papa, y que, además, compromete extraordinariamente la existencia del gobierno mismo?

Entretanto, cotejen los quíralistas, si á tanto se atreven, las dos manifestaciones, la del amor, y la del odio; y digamos, luego, dónde se encuentra la preeminencia, en punto á espontaneidad, entusiasmo y verdadera grandeza; que nos digan, sobre todo, por la mano sobre el corazón, lo que ellos piensan, y que secretos presentimientos los agitan por lo que toca al resultado definitivo de la lucha, de la cual esas dos manifestaciones no son más que un episodio.

Nosotros, los católicos, pensamos como piensa el Santo Padre. Hé aquí el juicio del augusto cautivo, tal como lo ha pronunciado en presencia de la nobleza romana.

«Los unos, ha dicho, han venido en pleno día, y sus aclamaciones han sido deseos de vida; los otros, por el contrario, han venido en medio de las tinieblas, alumbrados por lúgubres antorchas, profiriendo gritos de muerte. Se puede, pues, con justo título, llamar á los primeros, hijos de la luz; y á los segundos, hijos de las tinieblas.»

El triunfo material pertenece, por el momento, á los hijos de las tinieblas. Empero, el Jefe augusto, que con sus palabras y su ejemplo nos alienta en lo mas encarnizado de la lucha, hasta el punto de asegurar de nuevo esta mañana, que no quiere abandonar á Roma, á pesar de los peligros, de las tribulaciones, y de la *invitación* apremiante que se le ha dirigido, á consecuencia de las manifestaciones de estos últimos días,—este Jefe venerado, puede repetir como Job, cuya viva imagen es, esta palabra llena de fe y de invencible esperanza: *Post tenebras spero lucem.*—V.

(*Journal de Florence*, 28 de Junio 1874.)

DISCURSO DE SU SANTIDAD

AL

PATRICIADO ROMANO.

El 25 de Junio, el Santo Padre recibió en la sala del Consistorio los homenajes del Patriciado Romano. El marqués Cavalletti, manifestó, en un bellissimo discurso, los sentimientos de adhesión, de amor y reconocimiento de que se siente penetrada la nobleza romana hácia el Papa, y los votos que forma por el triunfo de la Iglesia y de su augusto Jefe. El pasaje que ha llamado más la atención en este discurso, y que merece ser conocido, es el siguiente:

«Esta expresion de nuestros sentimientos es doblemente oportuna, por ser hoy el día en que la Iglesia celebra la fiesta de dos gloriosos patricios romanos, los santos mártires Juan, y Pablo, que, invitados por Juliano el Apóstata á entrar en el número de sus cortesanos, se negaron con noble franqueza á pisar una corte, donde reinaba un traidor á Jesucristo. Admiradores, nosotros, y emulos de tan nobles sentimientos; miramos tambien como apóstatas y traidores á Jesucristo, á los que, en vuestra sagrada persona, persiguen el mismo Jesucristo; y rechazamos con desprecio las insidiosas ilusiones de los nuevos Julianos.»

A este discurso contestó Su Santidad en los términos siguientes:

La constancia con que renovais todos los años este acto de amor filial, hácia un padre justamente afligido, no puede menos de consolarme; y al ver que esta constancia es inalterable, por innumerable multitud de fieles, presento un porvenir menos sombrío, que nos traerá, finalmente, un estado social más tranquilo.

Vuestra vista me trae á la memoria la tierna amistad de Jonatás hácia David. Hallábase David perseguido injustamente por su rey; pero Jonatás, aunque hijo de este rey, amaba á David con la amistad mas tierna, reconociendo en él virtudes y prendas

muy apreciables; y por eso lo denunció animosamente contra los brutales atropellos de su padre, y tomaba parte en sus aflicciones, alegrándose cuando se le presentaba ocasion de aliviar su peso. Vosotros sois, en este caso, el Jonatás, que venis á consolar á este David afligido, mucho más afligido aun, que el antiguo, no tanto por los males propios, como por los males que sufre la Iglesia... ¿Quién puede negar estos males, y las pesonas contradicciones que sufrimos? Y por eso habeis venido aquí, oh muy queridos hijos, para disminuir el peso de tantos males; y viniendo el día de hoy, vuestra visita tiene mas mérito, porque ayer, ó ante ayer, no recuerdo bien, han ocurrido ciertos hechos, que pudieran haberos hecho vacilar en hacer esta demostracion de vuestro afecto; pero vosotros habeis venido, dando, al hacerlo, una prueba, de que vuestra adhesión es inalterable, y que no teméis las maquinaciones de los malvados.

No haré relacion de los hechos ocurridos, porque todo el mundo los conoce. He visto dos manifestaciones, la una hecha de día, la otra de noche. La de día, ha sido espontánea, improvisada, amorosa, filial; en ella se ha clamado: *Viva*. La de noche, ha venido al Vaticano, desde una larga distancia, haciendo resonar en las calles, por donde pasaba, gritos inconvenientes, llenos de amenazas y de brutalidad. La ruta seguida por esta tumultuosa turba, estaba iluminada por la siniestra y sombría luz de teas, compuestas de pez, betun, y otras materias, símbolo de las luces infernales. Esta turba no tenía más que una voz: gritaba *Muerte!*

Basta citar estos hechos para poner en evidencia, la gran diferencia que existe entre estas dos manifestaciones. Por mi parte, he deducido esta verdad: Los que han aclamado á la luz del sol, han dejado oír voces de luz; ésta es la voz del amor; por el contrario, los que han vociferado en las tinieblas, han proferido gritos de muerte: éstos son los gritos del odio y de la maldad. El mundo todo puede juzgar por sí mismo: de un lado, los hijos de la luz, que vienen en pleno día; del otro, los hijos de las tinieblas, que vienen de noche.

Vosotros sabeis cuales son los deseos de estos gritadores nocturnos, y no vale la pena que me detenga en referiroslos. Mientras me ocupaba en reflexionar sobre estos hechos, me ha llegado, por una coincidencia

extraña, una carta del otro lado de los montes. En ella se me ofrece hospitalidad en una espaciosa morada, donde podría refugiarme con los míos, á fin de ponerme á cubierto de los numerosos peligros, que (según el autor de la carta), me amenazan en Italia. Si en lugar de vosotros, que formais en torno mio una bella corona, tuviera á mi presencia los hombres que dirigen los tristes destinos de la Peninsula, les diría: «¿Con qué, á pesar de las garantías, se duda y se teme del todo allá de los montes, que el Papa no esté seguro en Italia! Decidme, por favor: ¿cuál es vuestra opinion sobre este punto tan importante para mí? Pero no querría ponerles en el compromiso de responderme, y respondería yo mismo, no fuese, que los hechos vinieran pronto á destruir su respuesta. Les ayudaría en su embarazo, diciéndoles: «Mis queridos hijos—son hijos extraviados, mas, sin embargo, son mis hijos—hace unos cuatro años, que me encuentro voluntariamente encerrado en el Vaticano, y, al presente, lo estoy necesariamente, y soy, además, en este momento, el triste testigo de los males de toda especie que oprimen á Roma, esta ciudad ilustre, que se procura sujetar al reinado del error. He permanecido aquí, y permaneceré hasta que el mismo Dios me haga conocer su voluntad y los desiguos de su providencia.»

—Mas, dirá alguno, nos crecan mil peligros, que cada día son mayores.—¿Que importa? contestaré yo. Cuando San Pablo se dirigia á Jersusalén ¿no sabia que le esperaba mil peligros y dificultades? Esta consideracion no le retrajo del viaje, sino que fué allá en nombre de Dios, diciendo: *Non facio animam meam pretiosiorera quam me*. Repitamos nosotros tambien, hijos queridos, las mi mas palabras. Con la ayuda de Dios, la mediacion de la Reina del cielo, y la intercesion de los apóstoles Pedro y Pablo, sigamos el ejemplo de este último, y permanezcamos sin temor.» He aquí el razonamiento que haria yo á esos hombres, si se hallaran presentes aquí; y esta es la respuesta que doy al que me ha escrito desde lejos.

Dios ve lo que sucede, y conoce lo que sucederá: nosotros ignoramos completamente el porvenir. Debemos, por consiguiente, confiar en su bondad, y descansar entre sus brazos. Entretanto, no cesemos, hijos míos, de levantar á Dios nuestras

manos y nuestros corazones, y con ellos oraciones constantes y fervorosas, para vernos libres de los males que nos rodean, preservarnos de los efectos de la malísima voluntad de nuestros enemigos, y conservarnos sanos de alma y de cuerpo. Para ello repitamos con la Iglesia: «¡Oh Dios, que sabéis, que á causa de la fragilidad de nuestra naturaleza, no podemos subsistir en medio de tantos peligros como nos cercan! dadnos la salud del alma y cuerpo, para que, con vuestro auxilio, venzamos las adversidades que experimentamos en castigo de nuestros pecados.»

Esta es la oración que habeis de hacer hoy conmigo. Armados con ella, y con la constancia y valor que debe inspirarnos, esperemos los acontecimientos, que jamás podrán exceder nuestras fuerzas y nuestra constancia, y que, en cambio, pueden ser, como lo espero, conformes á nuestros deseos. ¡Dios lo quiera así! Que el os bendiga ahora y siempre, y que os bendiga, y consuele especialmente en vuestras aflicciones.

Benedictio Dei, etc.

ROMA.

DISCURSO IMPORTANTE DEL SANTO PADRE

À LOS

ALUMNOS DEL SEMINARIO ROMANO.

El lunes 7 de Setiembre, los alumnos del Seminario Romano tuvieron la honra de ser recibidos por Su Santidad en audiencia privada. Contestando en ella el Santo Padre al canónigo Santoni, rector de dicho Seminario, pronunció el siguiente discurso, notabilísimo, como todos los suyos.

Recibo, mis queridos hijos, con la mayor satisfacción el testimonio de respeto y amor filial, que habeis venido á darme esta mañana, como alumnos del Seminario pontificio de esta *ciudad santa* (como se la llama en otro tiempo).

Ciertamente, que en todas las épocas ha intentado el demonio asaltar esta Sede del Catolicismo, esta Cátedra de la verdad; pero, al presente, más bien que en otra ocasión alguna, parece, que el príncipe de las tinieblas ha recibido de Dios permiso, para atacarla en todas partes, y por todo linaje de medios.

La Iglesia ofrece á nuestra consideración estos días, en el *oficio divino*, la historia de Job, y encuentro muchos puntos de semejanza, entre los tiempos que alcanzamos, y la historia del paciente anciano de Hus. En ella vemos, que el demonio, por inexcrutables designios de Dios, obtuvo permiso para someter á duras pruebas á aquel hombre justo, y que se echó sobre él con toda la rabia que le inspiraba la santidad del paciente.

Mató, primero, á sus hijos, y valléndose

de una terrible tempestad, echó por tierra sus casas, y sugirió á unos ladrones el proyecto de apoderarse de sus numerosos rebaños y de todos sus bienes. Finalmente, sujetándole á un tormento todavía mayor, inspiró á su mujer y á sus amigos amargas palabras, que debían de lastimar profundamente su corazón.

Hoy, Dios ha permitido al demonio de la revolución, que observe la misma conducta para con las gentes buenas y honradas. El demonio quitó la vida á los hijos de Job; la revolución arrebató los hijos del hogar doméstico, para exponerlos á las fatigas y los peligros de la guerra.

Pero esto no le basta: el demonio de la revolución rodea á los jóvenes de lazos, y procura matar las almas con los falsos principios que les inspira, con la inmoralidad que les enseña, y con el infernal espíritu de incredulidad, por cuyo medio intenta arrancar de esas almas la fe, el don más precioso que poseen.

El demonio derribó con el huracán tempestuoso las casas de Job; y el demonio de la revolución dejó desiertos los claustros y las humildes moradas de las vírgenes esposas de Jesucristo.

El demonio diputó á los Sabeos para robar á Job sus rebaños, y dar muerte á sus pastores; el demonio de la revolución despoja á la Iglesia de sus bienes, y hace pesar sobre todo el mundo onerosísimos impuestos.